

En memoria del incansable y noble intelectual

Querido César:

Te escribo en respuesta a tu solicitud de un artículo sobre Héctor H. Schmucler para el número que *Estudios* prepara en homenaje a quien fuera su creador. Acepto la invitación y te agradezco la oportunidad de escribir en memoria del incansable y noble intelectual que fue Schmucler.

La forma que me ha resultado más apta es esta, una carta. Me permite hacer el movimiento de mirar hacia atrás sólo con ayuda de lo que me ha quedado para evocar libremente las ocasiones, los entornos y las modalidades del trato que tuve con Toto Schmucler, de las experiencias que compartimos y de la relación que nació de esos encuentros de nuestras vidas. No olvido, por supuesto, lo que observaba Philip Roth a propósito de estos regresos al pasado: con el tiempo uno incorpora, sin buscarlo ni saberlo, imaginación a las retrospectivas— los recuerdos de lo sucedido no son ya recuerdos de los hechos, sino de nuestra imaginación de los hechos—.

Lo conocí personalmente a Schmucler en Buenos Aires, en la oficina que tenía la revista *Los libros* en la calle Tucumán, al lado de la librería Galerna. Debe de haber sido en 1969 o 1970. Sabía, por supuesto, quién era Héctor H. Schmucler, un nombre inseparable (no solo para mí, claro) del grupo que había editado en Córdoba, entre 1963 y 1966, *Pasado y Presente*, seguramente la más destacada publicación de la nueva izquierda argentina. Hago aquí un paréntesis para darle un contexto a esta última afirmación.

Desde fines de los años cincuenta y durante gran parte de la década siguiente se vivió, en el ecosistema cultural de la izquierda, un tiempo de florecimiento de la *nueva izquierda*, expresión que designaba una nebulosa de pequeños agrupamientos políticos, algunas figuras y, sobre todo, revistas entre literarias y políticas. Como en otras partes del mundo (Francia, Italia, Inglaterra, EE.UU.), nuestra nueva izquierda era una

especie de *gauche* de la *gauche* y estaba compuesta sobre todo por jóvenes. Sus posiciones ideológicas, en efecto, eran más radicales que las de la izquierda histórica, la llamada *vieja izquierda*. Los dos partidos representativos del espíritu de la vieja izquierda, el Socialista y el Comunista, se consideraban, si bien con variantes, herederos de la tradición liberal argentina, es decir, eran progresistas; los voceros de la nueva izquierda cuestionaban el compromiso con esa tradición y afirmaban la necesidad de una ruptura con ella si se querían cambiar las cosas en el país. Por otro lado, al mismo tiempo que proclamaban la autoridad intelectual del marxismo, los jóvenes, en particular los del ambiente universitario, exigían que ese marxismo fuera un pensamiento menos tosco que el que transmitían las publicaciones de la izquierda establecida. Se reclamaba un marxismo capaz de medirse con el pensamiento filosófico contemporáneo. Lo que quería decir todavía a comienzos de los sesenta, cuando la revolución estructuralista aún no se había desatado, principal aunque no exclusivamente, la fenomenología, según la lección que procedía de *Les Temps Modernes*, Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty. Un marxismo, dicho en resumen, liberado de la horma soviética, dispuesto a incorporar la verdad que contuvieran otras posiciones teóricas y abierto a las adquisiciones de las disciplinas que en aquella época recibían el nombre de nuevas ciencias humanas.

A este universo intelectualmente inquieto iba a incorporarse *Pasado y Presente* en el otoño de 1963. Tengo todavía en la memoria la tapa roja del número 1. Un profesor cordobés, Carlos Giordano, que se ocupaba de literatura argentina en la Universidad de Córdoba, pero enseñaba griego en la Facultad de Humanidades de Resistencia donde yo estudiaba letras, me llevó un ejemplar. Fue también Giordano quien me habló del núcleo cordobés de *Pasado y Presente*, un círculo que él también integraba y cuyos nombres salientes eran los de José Aricó, Oscar del Barco, Héctor H. Schmucler... Tras la aparición de aquel primer número y de un tiempo de deliberación en la cumbre partidaria, los tres serían expulsados del Partido Comunista, cuyas autoridades vieron en la publicación una manifestación de herejía. Hay muchos testimonios y muy buenos estudios sobre *Pasado y Presente* (pienso, por ejemplo, en *La cola del diablo*, de José Aricó, en *Los gramscianos argentinos. Política y cultura en la experiencia de Pasado y Presente*, de Raúl Burgos, en el capítulo sobre Gramsci y la nueva izquierda del gran libro de Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista*). No veo necesario, por lo tanto, detenerme en las líneas de aquel debate y la trayectoria posterior de la revista.

Solo quiero subrayar que pocos de quienes tuvieran veleidades intelectuales dentro de la izquierda universitaria se resistían a leer las páginas de esa publicación llegada de Córdoba y se asociaba con el nombre de Antonio Gramsci y lo que se denominaba el «marxismo italiano». Era mi caso, que por entonces militaba en las filas estudiantiles de la Juventud Comunista.

La revista *Los libros* comenzó a salir en 1969. Desde muchos meses antes de su aparición ya circulaba en los medios literarios de Buenos Aires el rumor de que Toto Schmucler, que había regresado de Francia hacía poco tiempo, estaba en conversaciones con editores y críticos literarios para editar en Buenos Aires una revista según el modelo de la *Quinzaine Littéraire*. Fundada unos años antes por el crítico Maurice Nadeau, la *Quinzaine* era un periódico consagrado a la crítica y la reseña de libros. Su réplica en Buenos Aires sería mensual —un mes de publicaciones en la Argentina y el mundo—, se leerá junto al nombre *Los libros*— y asumirá entre nosotros la imagen de la nueva crítica, a la que se identificaba con el estructuralismo. Esta identificación no era arbitraria. El estructuralismo, como había escrito Roland Barthes, no constituía una doctrina, un movimiento ni una escuela; él detectaba un «léxico» y prefería hablar de «actividad estructuralista», expresión con la que denominaba una perspectiva de análisis que se proyectaba en el territorio de las disciplinas del mundo social y se inspiraba en el modelo de la lingüística saussuriana y el apotegma de su creador, Ferdinand de Saussure: la lengua es forma, no sustancia. Ahora bien, en ningún otro dominio el estructuralismo ejerció su ascendiente como en la crítica literaria y eso se reflejaba en las páginas de *Los libros*. Es verdad que, por otro lado, no todos los que escribieron en la revista desde el primer número, aparecido en 1969, se hubieran reconocido como estructuralistas ni siquiera en el léxico.

El espacio de la oficina que tenía *Los libros* en la calle Tucumán no era holgado; sin embargo, en poco tiempo se generó en ese lugar reducido un ambiente de tertulia entre cultural y política. Ocurría por las tardes. Personas de diferentes tribus (escritores, psicoanalistas, sociólogos, críticas y críticos, gente de izquierda con aficiones intelectuales) pasaban por allí, si había lugar se sentaban un rato, ojeaban los libros que habían llegado para reseñas, a veces proponían alguna colaboración, charlaban o discutían un rato con los otros. No siempre se trataba de los mismos concurrentes, aunque algunos eran más frecuentes. Me quedan algunos nombres de los que pasaban por aquella oficina: David e Ismael

Viñas, Beatriz Sarlo, Germán García, Nicolás Rosa, Ricardo Piglia, que era uno de los hombres de consulta de Schmucler. Dos jóvenes cordobeses, que fueron sucesivamente secretarios de redacción de la revista, Santiago Funes y Marcelo Díaz, integraban la ronda. Ya no recuerdo cómo, pero supongo que debo haber sido alentado por Piglia, a quien por entonces veía con cierta frecuencia, un día pasé a asistir también a ese corrillo de *Los libros*. Ahí lo conocí a Toto (nadie lo llamaba Héctor). A medida que me familiarizaba con el funcionamiento de aquel pequeño ámbito de sociabilidad, advertía lo que ese funcionamiento debía al inventor y director de la revista, a su estilo afable, su mente curiosa, a su gusto por la conversación. Nunca le pregunté qué había hecho en Francia, pero lo escuché contar una vez que Roland Barthes había sido su director de estudios durante su estancia en París.

En 1970 algunas agrupaciones estudiantiles de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Córdoba organizaron una reunión nacional de intelectuales y estudiantes. Después de los sucesos del 29 de mayo de 1969, Córdoba era como una Meca para la izquierda argentina, sobre todo para aquella que se proclamaba revolucionaria. Para ésta el Cordobazo había constituido en un acontecimiento crucial: no solo abrió una crisis irreversible en el régimen autoritario de la Revolución Argentina que presidía el general Onganía, sino que marcó el nacimiento de un nuevo movimiento obrero o, si se prefiere, marcó la aparición de nuevos actores en el movimiento obrero argentino. La lucha de clases y la lucha contra la dictadura se habían entrelazado. Córdoba se volvió objeto de un discurso exaltante.

El encuentro que se preparaba en la universidad nacional de aquella ciudad, que ya contaba con los laureles de la Reforma de 1918, se inscribía, a los ojos de todos, tanto de los organizadores como de los invitados, en el marco de ese nuevo curso abierto por el 29 de mayo del año anterior. Para allá fueron Schmucler, Piglia, David Viñas. Debe de haber sido hacia la segunda mitad de septiembre. Aunque no tenía para entonces otra credencial que la de militante de una de las organizaciones ultraizquierdistas que por entonces pululaban, también yo fui de la partida. Tengo viva todavía una impresión de esos dos o tres días de asamblea: un clima entusiasta y muchos rostros jóvenes. No hubo, en realidad, una asamblea sino varias asambleas simultáneas, pero en diferentes aulas. La separación de los espacios obedecía a los tópicos que se abordaría en cada uno de los cónclaves. Uno de ellos estuvo consagrado al papel de la literatura en el combate que se avecinaba: todos queríamos la

revolución, pero ¿qué pasaba con el arte literario? Con los amigos de *Los libros* fuimos a esa palestra.

Solo puedo presentar un testimonio sumario y deshilachado de la encrespada discusión de esos días –dos o tres días, no estoy seguro—. Aunque el izquierdismo político constituía el elemento común a todos los que nos reunimos en aquella asamblea, esta iba a terminar con los participantes en completo desacuerdo. David Viñas fue uno de los contendientes y no tardó en mostrarse beligerante y dispuesto a dominar el debate. Como es sabido, Viñas no era simplemente un novelista y ensayista renombrado: era un caudillo intelectual, un caudillo de retórica vehemente, visiones penetrantes y razonamiento esquemático, simplificador. Su doctrina seguía siendo la de *Contorno*: la tarea de escribir no constituía un hecho gratuito sino una acción moral; la literatura y el escritor comprometidos debían hacer visibles las impudicias del mundo, las humillaciones, las imposturas. Viñas no admitía réplica ni objeción a su idea del compromiso literario. Menos aún admitía rivales en la escena, fuera cual fuera esta. Ahora bien, en aquella asamblea había también otro líder, otro mentor carismático, Oscar del Barco, que no estaba dispuesto a dejarse copar la parada en un ámbito donde, además, contaba con muchos seguidores. Para del Barco, la literatura no pertenecía al mismo dominio que la moral, la justicia, al del lenguaje propio del análisis y con el que se denunciaba la opresión. Había que dar reconocimiento a que su reino era otro y que el discurso verdaderamente literario no se prestaba a las paráfrasis, a ser traducido a otro lenguaje. Había que saber escuchar ese lenguaje. En una de sus intervenciones desafió a los presentes (sin decirlo, Viñas era el destinatario) a que explicaran de dónde provenía la belleza del primer verso de *La tierra baldía*, de T.S. Eliot: «Abril es el mes más cruel». Durante un rato se dio vueltas en torno de ese verso, mientras Viñas se volvía cada vez más irritado y agresivo.

En algún momento, Piglia se sumó al contrapunto. Cuestionó las tesis de del Barco, pero se cuidó también de no ser confundido con las posiciones de Viñas. (Según leo en el segundo volumen de su *Diario*, Piglia veía que los argumentos de del Barco pagaban tributo a George Bataille, venerado en aquel momento por la vanguardia francesa, de Foucault a *Tel Quel*. Tal vez, pienso ahora, había en esos argumentos más tributo a Heidegger que a Bataille). El punto de vista que expuso Piglia era también vanguardista, pero su vanguardia era otra. El escritor, sostuvo, debía producir textos que tuvieran la potencia que había tenido la palabra Tupamaros en el Uruguay, donde las autoridades prohibieron

el término que daba nombre a la organización guerrillera. O sea: la literatura debía producir textos que obligaran al poder a sacarlos de circulación. Hablaron muchos más de los que acabo de nombrar y sé que no les hago justicia, pero, como se sabe, la memoria no es pareja, se ensancha o se adelgaza por razones que desconocemos y esta evocación refleja esa marcha variada.

En los intervalos y en las horas de la comida, Schmucler trataba de apaciguar. No lo sé, pero dudo de que tuviera una posición equidistante respecto de las que se manifestaban en la discusión. Creo, más bien, que buscaba evitar que la diversidad de perspectivas desintegrara el terreno que tenían en común quienes eran sus amigos –los de Córdoba y los de Buenos Aires–, que se hiciera imposible alguna convergencia. Pero todos estaban amoscados y cada uno se quedó finalmente en lo suyo.

En 1971, supongo que debe de haber sido en los primeros meses de ese año, formamos una especie de seminario, entre cuyos integrantes me encontraba junto con Toto, Piglia, Oscar Landi, Nicolás Rosa y algunos más que no recuerdo. El objetivo era discutir textos, eventualmente alguno producido por los participantes. Nos reunimos varias veces, no sé cuántas, en una amplia oficina de la sede argentina de Siglo XXI, cuyo desembarco en Buenos Aires era muy reciente. Schmucler trabajaba en la editorial. De las discusiones que tuvo el grupo recuerdo una, creo que fue la primera, y que tuvo como base un escrito de Ricardo sobre dependencia y literatura argentina. Nos gustó y elogiamos el artículo que tenía como fundamento una tesis que todos suscribíamos por entonces: la dependencia, de la económica a la cultural, constituía la clave para describir y explicar las diferentes dimensiones de la vida nacional. El dependantismo, que por entonces era una de las ideas fuertes del pensamiento de la izquierda radical, sacó de circulación el esquema desarrollo/subdesarrollo, hasta entonces muy vigente en el pensamiento social latinoamericano.

Ese año, mientras la politización que dejaban ver sus tapas y sus páginas era cada vez más marcada, *Los libros* entró en crisis económica y parecía hallarse al borde del cierre. Lo que recuerdo, aunque borrosamente es que el gerente de la editorial Galerna, que desde el comienzo había sido algo así el *sponsor* de la revista, le había dicho a Toto que la editorial ya no podía continuar con ese patrocinio y que si la publicación quería seguir, debía hacerlo por sus propios medios. Schmucler convocó entonces a los amigos de *Los libros* para plantearles la situación y escuchar sugerencias.

No sé si hubo más de una reunión; en la memoria solo me queda la imagen de una a la que asistí. Se llevó a cabo en aquella pequeña oficina de la calle Tucumán: algunos sentados, otros parados, todos nos apretábamos en ese estrecho departamento. Pese a la incomodidad, el ambiente era animoso: todos considerábamos que la revista debía continuar y le hicimos saber a Toto que lo acompañaríamos, que *Los libros* se había ganado un lugar en el campo cultural al que no se debía renunciar y que la politización del último tiempo debía proseguir y aun acentuarse. Puse también mi grano de arena para reforzar este sesgo. Dije que el lema que acompañaba el nombre de *Los libros* («un mes de publicaciones en la Argentina y el mundo») era insustancial, que se lo debía reemplazar por uno que tradujera el nuevo empeño de la revista y propuse sustituir aquel lema por la consigna «Para una crítica política de la cultura». Esta sería la divisa de la revista a partir del número siguiente. Ese mismo año Schmucler introdujo un cambio en la dirección de la revista: mantuvo su condición de director, pero nos propuso integrar el consejo de redacción de *Los libros* a Piglia y a mí.

No sé si antes o después de esta variación tuvo lugar una fuerte discusión en la revista sobre lo que se llamaba el «caso Padilla». ¿No había que decir algo? El arresto del poeta y periodista cubano Heberto Padilla y después su «autocrítica», publicada en las páginas de la revista *Casa de las Américas*, habían provocado la reacción de la *intelligentsia* europea de izquierda que desde 1959 actuaba como compañera de ruta de la experiencia cubana. Ahora, el encarcelamiento de un escritor disconforme desató la alarma: ¿qué significaba, finalmente, la célebre fórmula de Fidel Castro: «Dentro de la revolución todo, fuera de la revolución nada»? En una carta en que declaraban su solidaridad con los principios de la Revolución Cubana, los intelectuales de mayor notoriedad en la *rivegauche* del Viejo Mundo le solicitaban al comandante Fidel la reconsideración del caso. Apareció en *Le Monde* en abril de 1971 y los nombres que figuraban al pie de la apelación iban de Jean-Paul Sartre a Italo Calvino, de Hans Magnus Enzensberger a Juan Goytisolo, Rossana Rosanda, Simone de Beauvoir y muchos otros representantes de la cultura progresista europea. La suscribían también algunos escritores latinoamericanos, como Carlos Fuentes, Octavio Paz, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa. Una segunda carta siguió a la publicación en Cuba de la autocrítica de Padilla, en cuya espontaneidad nadie creía. Pero esta fue ya una declaración de ruptura, un divorcio que sería irreversible.

La discusión sobre si *Los libros* debía tomar posición pública y, en ese caso, qué debía decirse, no se llevó a cabo en la oficina de Tucumán sino en una de Siglo XXI. Aunque vagamente, me quedan en la memoria dos de los que participaron en el debate –Santiago Funes y José Aricó, que entonces era el gerente de la editorial–, además, por supuesto, de quienes integrábamos el consejo de redacción de la revista. El núcleo del diferendo radicaba en si había que hacer una declaración pública, pues ninguno defendía el Estado censor ni creía en la autenticidad de la auto-crítica del escritor cubano: todos éramos postestalinianos. Piglia y yo, enrolados por entonces en las filas de la izquierda maoísta, opinábamos que debíamos manifestar públicamente una posición crítica sobre los procedimientos de las autoridades cubanas. No queríamos, sin embargo, que nuestra opinión fuera confundida con una posición liberal o pluralista: si Padilla había obrado contra la revolución, lo que correspondía no era sancionarlo con medidas burocráticas sino con la crítica de las masas (la representación mitologizada de la Revolución Cultural obraba en nuestra imaginación). Toto y el resto sostenían que nuestra posición ignoraba la difícil situación de Cuba, permanentemente asediada por el imperialismo, que nuestro punto de vista era políticamente abstracto, etc.

Durante largas horas expusimos y nos repetimos unos a otros los mismos argumentos, sin que nadie cediera. Éramos inflexibles en aquel tiempo y juzgábamos la inflexibilidad como una virtud, una señal de rigor ideológico. Pero no nos mostrábamos intransigentes solo respecto de lo que podríamos llamar los valores políticos últimos, sino también de los penúltimos y aun de los antepenúltimos... Salimos, pues, de aquellas reuniones tal como habíamos entrado. Se consideró, de todos modos, que debíamos hacer público al menos el debate y me encargaron que hiciera la síntesis de la discusión a partir de una grabación de la porfía. Del esfuerzo por no dejar afuera ninguna opinión salió un texto pesado de leer, poco claro, que, según creo, se publicó en *Los libros*.

Tiempo después, calculo que habrá sido entre fines de 1971 y comienzos de 1972, Toto nos propuso la incorporación de tres miembros nuevos a la dirección de la revista: Miriam Chorne, Germán García y Beatriz Sarlo. Todos nos conocíamos, integrábamos el elenco de los amigos de la revista, así que la ampliación del consejo nos cayó bien. Me imagino que Toto había advertido que en el grupo previo de tres él se hallaba en minoría ante dos maoístas inclinados a entenderse. En el nuevo colectivo esa situación se diluía. La dinámica de los hechos políticos

en el país, sin embargo, presionaba sobre los integrantes de una revista que cada vez más tomaba la palabra en los asuntos de la vida pública. Con la excepción de Germán García, que juzgaba como delirantes los razonamientos políticos a los que nos entregábamos en las reuniones de la redacción, y Miriam Chorne, el resto se animaba con las disputas sobre las alternativas del presente nacional. Trazábamos panoramas de la coyuntura, imaginábamos el futuro y tomábamos partido. (No sé si ya por entonces Toto había iniciado su relación con Montoneros, de la que habla en una entrevista publicada recientemente en la revista *Zigurat*.) Un artículo mío sobre la actualidad política provocaría una discusión que iba a terminar con el alejamiento de quien había sido su fundador.

Hago aquí menciones telegráficas a algunos datos de aquella actualidad. Desde marzo de 1971 el país se hallaba bajo el mando del general Lanusse, el último jefe del régimen iniciado casi cinco años antes – el «Estado burocrático autoritario», según la categoría que forjaría Guillermo O'Donnell–. El nuevo titular del ejecutivo había dejado de lado la denominación con que el experimento militar-civil se había puesto en ejecución en junio de 1966 –Revolución Argentina– y hablaba en nombre del gobierno de las fuerzas armadas. El poder militar subsistía, pero sus divisiones se habían hecho públicamente visibles y su crédito se hallaba menoscabado. El Cordobazo había erosionado la autoridad del general Onganía, el primer presidente de la Revolución Argentina, que fue apartado del cargo por sus congéneres; un nuevo sacudimiento en Córdoba en 1971 provocó el alejamiento del reemplazante, el general Levingston. Me acuerdo que a mediados de ese año, *Los libros* dedicó parte de uno de sus números al proceso que tenía como escenario la ciudad mediterránea. «Córdoba, la movilización permanente» era el título que Francisco Delich le dio a su artículo; «Una oposición social», rotuló al suyo Juan Carlos Torre. Para entonces ya no se trataba solo de Córdoba, de los sindicatos de fábrica o de los nuevos dirigentes obreros, de Rosario o de la agitación estudiantil de Corrientes y otras ciudades: la Argentina aparecía cada vez más activada contra el régimen en todos sus rincones. Por otro lado, desde fines de 1970 funcionaba un agrupamiento partidario →«La hora del pueblo»–, donde convergieron peronistas y radicales junto con otras fuerzas políticas en demanda de un pronto retorno a la soberanía de la voluntad popular y a las instituciones de la democracia política sin proscripciones. A ese escenario se incorporó, a comienzos de la década, la acción de los partidos armados de la izquierda.

Como respuesta a esta situación en que crecía la hostilidad contra el gobierno controlado por las fuerzas armadas, el general Lanusse había anunciado el retorno a las elecciones, al funcionamiento de los partidos políticos (cuya actividad fue rehabilitada) y al régimen constitucional. En los comicios que se prometían no habría proscripciones, es decir, no se excluiría al peronismo del juego político legal. Pero, para que este final del experimento autoritario de 1966 no terminara en un fracaso, para que no significara un salto al vacío, era necesario darle un sustento sólido. Se requería lo que las autoridades llamaron un «gran acuerdo nacional», el GAN, como se lo va a nombrar en el lenguaje corriente, un compromiso al que debían concurrir no solo los partidos, sino también las organizaciones corporativas y otras entidades de la sociedad civil. Todos –en primer término, peronistas y antiperonistas– debían hacer su contribución y conceder algo. La propuesta del régimen militar de una normalización institucional más o menos próxima parecía ir al encuentro de lo que solicitaban las fuerzas políticas agrupadas en «La hora del pueblo». Ahora bien, ¿qué haría ante este llamamiento quien era su gran destinatario, el general Perón, que se hallaba en el exilio y era la cabeza del mayor movimiento popular de la Argentina? ¿Cooperaría con el acuerdo? ¿Lo boicotearía? ¿Negociaría? En torno de estas cuestiones se abrió un juego de astucias que tenía dos grandes apostadores, uno en Buenos Aires, el otro en Madrid.

En *Los libros* todos éramos opositores al GAN, como lo era el conjunto de la izquierda radical en sus diferentes grupos y versiones. No veíamos en esa propuesta más que una operación política destinada a sacar del callejón a un régimen acorralado, al que minaban sus conflictos internos y que buscaba un apoyo que no fuera solo el de las armas. El tema de la democracia política nos dejaba fríos: ¿no sabíamos que esa fraseología, aun en el mejor de los casos, solo estaba destinada a legitimar un cambio de forma en la dominación política? En fin, juzgamos que debíamos pronunciarnos, que la revista tenía que fijar una postura crítica de carácter público. ¿Pensábamos que eso tendría efecto sobre la marcha de las cosas? Hasta donde recuerdo, no era esa la clase de preguntas que nos hacíamos. La verdad es que no participábamos del juego político ni influíamos en él, aunque lo creyéramos. El crédito que se había ganado *Los libros* remitía a otro espacio, el de la cultura intelectual, más específicamente, al lado izquierdo de esa cultura, que por entonces ya comenzaba a ser más ancho que el lado opuesto.

¿Quién escribiría el artículo que haría expresa la oposición de la revista al GAN y a la intención política que le atribuíamos? Fui el destinatario de ese encargo. Escribí con las lentes del grupo en el que militaba, el PCR, una pequeña organización maoísta cuyo rigorismo era inversamente proporcional a su relevancia en la escena política. El texto que resultó dio lugar a una intensa y prolongada discusión dentro de la redacción, una discordia que nos tendría como principales protagonistas a Toto y a mí, aunque todos tomaran la palabra más de una vez a lo largo de reuniones que duraban horas. El nudo de la divergencia estaba en el juicio sobre Perón y su papel en el proceso político nacional que estaba en curso. ¿Quién era Perón según mis lentes sino un político burgués que tenía gran ascendiente sobre las masas y hablaba en nombre de ellas, pero que buscaba controlarlas y desviarlas del camino de la revolución social? La oposición de líder exiliado era una estratagema para negociar su papel en la salida electoral que preparaban la cúpula militar y sus colaboradores civiles. Toto se oponía a ese enfoque y opinaba que la revista no debía publicar el artículo.

No he vuelto a leer el artículo que escribí sobre el GAN. Solo sé que en poco tiempo la realidad iba a tomar un curso que mostraría la inutilidad del pretendido análisis que contenía ese texto, un reflejo del izquierdismo infantil que me animaba. Saber, por otro lado, que las réplicas de la historia fueron más crueles para todos los grupos que hablaban y actuaban en nombre de una izquierda que se quería menos libresca y abstracta, más atenta al hecho nacional, no puede ofrecer consuelo más que a los estúpidos. Ahora, al pensar nuevamente en aquella discusión, me pregunto si no hubiera podido adoptar otra actitud que la de defender el artículo que había escrito. Sí, claro, puedo imaginarme hoy otras actitudes, pero me doy cuenta de que para eso debo imaginar también otro tiempo (no aquel que creíamos era el tiempo de la revolución), otra visión de la política, otra idea del compromiso cívico, otro yo.

El artículo finalmente fue publicado. En la memoria me queda el recuerdo de que Ricardo Piglia y Beatriz Sarlo, que consideraban que el texto no podía ser excluido, redactaron una especie de editorial en quedaban cuenta del debate, explicaban las razones para la publicación del texto, aunque expresaban reservas sobre mis opiniones. Unas semanas después de la aparición de ese número de *Los libros*, Toto renunció a la revista. Miriam Chorne y Germán García lo harían no mucho después. Cada uno siguió su camino y a Toto lo dejé de ver por unos años. Sin él la revista perdió diversidad, se volvió monológica.

Nos volvimos a encontrar en 1981, en la ciudad de México, donde estaba exiliado. Creo que fue en su casa y ya no recuerdo de qué hablamos, pero sí de que era el Toto de siempre –acogedor, de conversación libre y animada–. Para entonces ya había iniciado la valerosa y moralmente exigente reflexión sobre la cuestión de los derechos humanos que iba a distinguirlo en el debate argentino. Al llevarla adelante, como señaló Sergio Bufano en oportunidad de la muerte de Schmucler, se superponía a la pérdida de un hijo que había desaparecido bajo la última dictadura militar. Escribió Bufano en *Perfil*: «Fue el primero, el más lúcido. En octubre de 1979 publicó en la revista *Controversia*, editada en el exilio mexicano, un texto en el que interrogaba ‘¿Los derechos humanos son válidos para unos y no para otros? ¿Existen formas discriminatorias de medir que otorgan valor a una vida y no a otra?’ [...] En las reuniones semanales de *Controversia*, sus meditaciones nos dejaban sin aliento». Parfraseando un poco a Toto diría que, gracias a la reflexión que abrió en el exilio y que ya no cesaría, estamos hoy menos ciegos, menos mudos, menos insensibles.

Nos volvimos a ver en Buenos Aires en diferentes sitios y ocasiones. Cuando ya de regreso en Córdoba se hallaba al frente de la revista *Estudios*, me invitó a participar de una mesa en que se evocaría el Cordobazo. Recuerdo cuánto me emocionó estar sentado a la misma mesa con quienes habían sido actores y dirigentes de aquella jornada de 1969. Hace pocos años, César, organizaste en la Universidad de Córdoba un coloquio sobre culturas políticas en la Argentina al que me invitaste para que hablara de la cultura comunista. Entre los asistentes estuvo Toto, con quien proseguimos, como recordarás, la conversación sobre el tema durante la cena. Fue la última vez que lo vi.

Te mando un cordial saludo.

Carlos Altamirano